

# DESCONFIANZA CIEGA

POR  
GINÉS  
S. CUTILLAS

Microrrelato que aparecerá en el libro *Un koala en el armario* (Cuadernos del Vigía, 2010).

Somos un modesto equipo de fútbol que entrenamos por las noches. Tan modestos somos que llevamos varios meses con una mitad del campo completamente a oscuras.

En más de una ocasión hemos sido testigos de cómo arreglan los focos, pero siempre surge alguna nueva avería que devuelve ese trozo de terreno indefectiblemente a las sombras.

No tuvimos más remedio que acostumbrarnos a entrenar en la parte iluminada.

El problema surge cuando las pelotas extrañadas acaban en el lado oscuro y algunos jugadores van a buscarlas rebasando la frontera que traza la luz. Nunca más volvemos a saber de ellos: simplemente desaparecen, como si la negrura se los tragara.

Perdimos de esta manera a casi todos los suplentes —los más fáciles de embaucar—, así que obligamos al club a comprar más balones para que, al menos, pudiéramos acabar los entrenamientos y convencimos al utillero de que cada mañana recogiera los que habían pasado la línea y los trajera de vuelta.

Una noche nos quedamos pronto sin balones. Conscientes de que no había más ingenuos entre nosotros, decidimos dar por finalizado el ejercicio y comenzamos a retirarnos cabizbajos de la cancha, pero entonces ocurrió lo inesperado: alguien nos lanzó la pelota desde el otro lado. Perplejos, uno de nosotros la pateó devolviéndola a la oscuridad. A los pocos segundos estaba de vuelta.

No tardamos en organizar los partidos de entrenamiento con nuestros compañeros desaparecidos. Les lanzamos petos azules y rojos para que se los repartieran, igual que hicimos nosotros a este lado, y montamos dos equipos.

Desde aquí, nos limitamos a pasar el balón a la otra parte donde sabemos que ellos siguen con nuestras jugadas y esperamos, agudizando el oído, a que vuelva a aparecer para seguir nosotros con las suyas.

Cuando oímos que gritan gol, los defensas de aquí lo celebran levantándose la camiseta y haciendo el avión. Estamos convencidos de que allí los delanteros hacen lo mismo.

A veces, con la embriaguez del tanto, nos dan ganas de cruzar el límite para celebrarlo juntos, pero no nos fiamos: ¿por qué no lo hacen ellos? ■



Ilustración: Miquel Rof.

# HUELLAS

POR  
ENRIQUE  
DÍAZ  
PASCUAL

## Paso 1

**E**l vehículo emitió un sonido ronco y se posó con brusquedad en la superficie embarrada.  
— Lo siento querida... creo que tendremos que caminar.

La mujer puso los ojos en blanco y emitió un bufido. Estaba harta del viejo cacharro. Tenía que fallar precisamente hoy, en la presentación de las nuevas especies que culminarían con la terraformación del planeta. Un día histórico, estaría todo el mundo y ellos llegarían tarde.

— ¡Maldita sea Kaal!, en el próximo ciclo pídele un nuevo aero al supervisor. ¡Nada de reparaciones!, estoy harta de este trasto.

— Vale, vale... tranquila. Si nos apresuramos aún llegaremos a tiempo...

La mujer interrumpió bruscamente a Kaal:

— ¡Mira cómo está el suelo!, ¡es un barrizal!. Voy a poner perdidos mis zapatos de gala... la tienda más cercana está a treinta años luz... —dijo la mujer a punto de sollozar.

Su compañero la miró sonriente mientras se rascaba groseramente el trasero.

— Veeeenga... nos quitamos los zapatos y ya está —explicó Kaal en tono conciliador—. Vamos, tú pisa por donde yo pise y en nada estamos allí, ¿vale?

— Vale.

## Paso 2

La niña miró con curiosidad la pieza del museo extendida en el suelo.

— ¿Qué es eso abuelo?, ¿agujeros en una piedra?

Su anciano acompañante se acercó al rótulo informativo y leyó en voz alta: *"Pisadas de Laetoli. Rastro dejado por Australopithecus afarensis hace 3,6 millones de años."*

— Huellas, cariño, son huellas de nuestros abuelos más antiguos.

La niña volvió a mirar sorprendida el resto fósil.

— ¿Huellas de abuelos antiguos? ¿Eran como nosotros? —preguntó la niña.

— Hummm... se parecían un poco.

— ¿Eran más listos que nosotros?

El abuelo sonrió.

— No cariño, no eran más listos que nosotros.

La niña se quedó en silencio mientras observaba con más atención las huellas de los antepasados del hombre.

— Es cierto abuelo, no eran más listos. Ni siquiera tenían zapatos. ■



# EL MENSAJE QUE DIOS OCULTÓ EN LAS PARTÍCULAS ELEMENTALES

POR  
RICARDO  
MONTESINOS

**E**sto será lo último que escriba en mi bitácora de investigación.

Me llamo Alexander Bruot y durante los últimos cuatro años he sido el director general del proyecto de investigación del Gran Colisionador de Hadrones que el CERN construyó en la frontera franco-suiza, cerca de Ginebra.

Durante estos cuatro años nos hemos dedicado a hacer chocar partículas elementales (protones, iones de plomo, quarks de todos los sabores) a velocidades que bordeaban la de la luz, observando cómo la materia se abría ante nuestros ojos sólo para revelar un nuevo nivel de interrogantes, como si fuera una infinita serie de muñecas rusas.

El bosón de Higgs (nuestro Santo Grial hace cuatro años) era sólo el principio. Más abajo nos aguardaban los fleones, los noetones, los maliones y una larga lista de esquivas partículas que hundían sus raíces en la sustancia constituyente del mismo Universo. Alucinados, nos sumergimos en aquella espiral hasta llegar al final del camino, el garmión de Bruot, la auténtica “partícula de Dios”.

Fluctuaba entre la existencia y la no existencia, entrando y saliendo del vacío cuántico como una piedra plana que rebota en la superficie de un lago. Pronto advertimos que se trataba de una fluctuación cíclica, regular. Habíamos hallado una pauta, un orden, un sentido. Como si Dios hubiese enterrado un mensaje en el nivel más básico de la estructura de la realidad.

Tras siete días de trabajo en paralelo de los siete superordenadores más potentes del mundo, esta mañana se ha conseguido descifrar el significado subyacente. Dice así: “El Virtuaverso y

todas sus formas de vida (incluidas las inteligentes, las conscientes y las trascendentes) son propiedad intelectual de Ludic Animatronics Inc. © 2087. Todos los derechos reservados.”

Antes dije que ésta es la última entrada de mi diario. También es mi nota de suicidio. ■

# LA VIDA TRAS UN CAFÉ

POR  
JUAN  
JOSÉ  
DE LA  
ROZA

Sentada frente a su máquina, saboreaba una taza de café. Pensaba en su edad, aún joven, en su vida y en la noticia que acababa de recibir. Las pruebas secretas que realizaban en Defensa habían salido bien. No se sentía sorprendida, pero sí le daba vueltas a cómo sería su futuro. El dinero ya no volvería a preocuparla y quizás tendría que vivir de otra forma, más sola. Porque se sentía tan llena de éxito como sola.

Había conseguido que una máquina hiciera funcionar un modelo de cerebro humano. Tenía un modelo electroquímico del funcionamiento de las neuronas, que podía ser programado. Y ahora, habían hecho funcionar aquella otra máquina, que conseguía una imagen en tiempo real de la estructura del cerebro de una persona viva, con un detalle subatómico. Las dos cosas unidas, hacían que se pudiera replicar el funcionamiento del cerebro de la persona analizada. Generar sus mismas decisiones, asociando sus recuerdos como ella hace y llegando a sus mismos pensamientos. El último paso era reconstruir la voz, algo que podía hacerse partiendo de grabaciones suficientes de la persona, para que la máquina se expresara como ella misma lo haría. Era como escucharla por la radio.

Era consciente de que, en realidad, era una foto fija. La persona seguiría acumulando sus experiencias vitales y la máquina, no. Pero ella había pensado en aquello como una forma de retener la sabiduría de los grandes sabios a los que la edad vencía. Y cuando empezó a apuntar éxitos, toda la investigación se volvió secreta y confidencial, y también su propia vida.

Y ahora estaba allí, en aquel sótano de paredes tan gruesas que parecía fuera de este mundo. Como ella misma se sentía. No podría hablar casi con nadie de todo aquello. Así que encendió su portátil y lo conectó al servidor donde hacía el experimento. Usó una clave que sólo ella manejaba y se situó frente a la cámara, mientras ajustaba los auriculares.

— Hola, mi niña ¿estás cansada?

— No, mamá. Creo que estoy feliz. Me gustaría explicarte por qué te pedí que grabaras todas aquellas historias de cuando era niña. Y por qué te pedí que te hicieras aquello que tú llamabas radiografía en aquella clínica que te parecía muy rara.

— ¿Dices que estás feliz y estás llorando? ¡Qué complicada eres, hija!

— Sí, eso me dicen en mi oficina. ¿Sabes? ¡Cuánto me gustaría que nunca hubieras subido a aquel avión!.

— ¿De qué avión me hablas, cielo?.

— Déjalo, no puedes recordarlo. Creo me voy a mi casa.

— Claro, necesitas descansar esa cabeza tan ocupada. ¿Mañana volveremos a hablar?

— Sí. Adiós. Un beso.

— Otro para ti.

Mientras saboreaba su café pensaba en cuántas personas podrían sentirse mejor si pudieran tener aquella conversación con quien ya no estaba: ¿les ayudaría esta ilusión? ¿o era mejor acabar la vida con la muerte? ¿quién era aquella voz que contestaba? ■

